



EL CERDITO QUE NO LE GUSTABA LA SUCIEDAD

FUE EXITOSO GRACIAS POR SU PERSEVERANCIA AL
NO RESPONDER DE ACUERDO CON LAS REGLAS DE
LA SOCIEDAD SUCIA DONDE NACIÓ.

João José da Costa

EL CERDITO QUE NO LE GUSTAVA LA SUCIEDAD, por João José da Costa

Copyright reservado: FBN (Fundación de la Biblioteca Nacional de Brasil) -
MEC - Registro 304.451 - Libro 554 - Página 111.

Cuento infantil que se integra con la fantasía natural y la creatividad de niños y jóvenes, entreteniéndolos, educando y agregando al desarrollo del carácter, valores morales, ciudadanía, conciencia ecológica, valores familiares, cultura, conocimiento, espiritualidad, respeto por los educadores, estímulo para estudio, orden y disciplina. Libro para niños y jóvenes que disfrutan de lecturas inteligentes, sensibles, culturales, educativas y temas de realidad social. Libro con mayor contenido literario, un mejor ejercicio de lectura.

Sinopsis:

El libro cuenta la historia del cerdito Tocón nacido y criado en una granja. Pero Tocón tenía un problema: no le gustaba la suciedad del orzuelo. Desafortunadamente, no aceptó la idea de nacer para vivir sucio en un orzuelo. Por lo tanto, descubrió formas creativas de deshacerse de este destino y dar otras direcciones a su vida. Con acciones divertidas, descubrió formas de llamar la atención del dueño de la granja y vivir limpiamente lejos del orzuelo. Tuvo éxito, gracias a su perseverancia y determinación de no aceptar con resignación las reglas de la sociedad sucia donde nació. Tónico, el hijo del cuidador de la granja vio en Tocón un ejemplo de vida a seguir para trazar su propio destino.

•

Dedicación

Dedico este trabajo a todos aquellos que reservan parte de sus vidas para educar a los niños de alguna manera, como una misión y la creencia de que en ellos está la esperanza de un mundo mejor.

En especial para padres, maestros y abuelos, el triángulo básico de la educación infantil.

Doy gracias a Dios por el niño que todavía permite que exista en mí.

João José da Costa

Amaneció en Granja Santa Cruz. La luna se parecía al sol. Era tan brillante que iluminaba todo el patio.

Tonico estaba profundamente dormido envuelto en su manta. Le gustaba dormir así, incluso cuando hacía calor afuera. En el orzuelo la emoción era muy alta. Algo estaba sucediendo que llamó la atención de todos los cerdos.

La perra Lola estaba ladrando. Tonico pronto se despertó con todo este ruido. Asustado, Tonico pensó:

“¿Fue un ladrón tratando de robar los cerdos?”.

“¿Era un jaguar dando vueltas por el patio?”.

“¿O fue un hombre lobo vagando por la luna llena?”.

Con estos pensamientos, Tonico se escondió debajo de la cama y le gritó a su padre:

“¡Papi! ¡Hay un hombre lobo afuera!”.

Ademir, el padre de Tonico, ya estaba despierto y trató de calmarlo:

“Tonico, vuelve a dormir ¡todavía es temprano! ¡Los hombres lobo no existen!”.

Y luego salí a ver qué estaba pasando.

Ademir no tardó mucho en descubrir qué estaba causando toda la emoción. La cerda Cerdana dio a luz a trece hermosos cerditos.

Todos los cerdos vinieron a ver a la nueva familia, haciendo un gran ruido.

Entre los cerditos nació Tocón, el más inteligente y el más pequeño de todos. La disputa por el pecho de su madre fue demasiado difícil. Todos los cerditos querían la preciosa leche de Cerdana.

Cada uno trató de escabullirse del otro para asegurarse un buen lugar para comer. Tocón, siendo el más pequeño, estaba en desventaja

Tuvo que conformarse con el pecho más pequeño y el que tenía menos leche. Pero como era muy pequeño, no necesitaba mucha leche para sentirse lleno.

Cerdana estaba feliz y acostada ofreciendo su pecho a todos los cerditos. Le hizo cosquillas el toque de cincuenta y dos pies de todos los cerditos en su enorme y gordo vientre.

.

Ademir trabajó para Diego. Era el dueño de Granja Santa Cruz y era muy rico.

Era granjero y gran criador de bueyes y cerdos. En la granja también había un gran campo de maíz.

Ademir, Vilma y Tónico vivían en una casa sencilla. La casa tenía una pequeña cocina con estufa de leña, un dormitorio y una pequeña sala de estar. Todo era muy simple, pero muy limpio y organizado.

Ademir hizo todas sus compras en la tienda de la granja. En la tienda podía comprar comida, botas, herramientas, ollas y otras cosas.

Los domingos rezaban en una pequeña capilla. Ademir estaba feliz viviendo de esta manera. Pensó que tenía todo lo que necesitaba. Solo iba al pueblo cuando necesitaba comprar medicinas o ropa.

Tónico vivió y creció, sin conocer el mundo fuera de las cercas de la granja.

Tónico estaba feliz de tener trece nuevos amigos con quienes jugar.

Cerdana estaba feliz con sus trece hermosos bebés.

.

Cerdón, el padre de Tocón estaba feliz y muy orgulloso de ser el padre de trece bebés más hermosos y saludables.

Pero la perra Lola estaba muy preocupada. Sabía que tendría trece cerditos más que harían su vida un infierno, robando su comida y ensuciando su agua.

Pero Tocón y sus hermanos ignoraron todo esto. Solo les preocupaba ser alimentados y dormir sobre el vientre gordo y cálido de su madre.

A veces los ladridos de Lola los despertaban y los asustaban. Cuando esto sucediera, correrían debajo de su enorme madre para protegerse.

Entonces, los cerditos vivían alegres y juguetones. Corrieron uno tras otro y mordieron las enormes orejas de su madre. Y comieron, comieron mucho, ganaron más y más peso.

Si no estaban comiendo, estaban haciendo otra cosa que les gustaba: bañarse en el barro del orzuelo. ¡No Tocón! El odiaba estar sucio. Siempre estaba buscando el lugar más limpio para estar, incluso el Admir limpiaba el orzuelo todos los días.

.

Cada vez que Ademir lavaba el orzuelo, Tocón corría para meterse bajo el agua y lavarse. Casi siempre era blanco y limpio.

No había escasez de comida. Ademir proporcionaba comida para todos.

Ademir estaba siguiendo las órdenes del jefe Diego. Quería ver a todos los cerdos gordos y fuertes.

Cuando tenían dos meses de edad, los cerditos comenzaron a caminar por todo el corral. De vez en cuando, Ademir dejaba la puerta abierta. Entonces, los cerditos podían caminar un poco por la granja. Mientras caminaban afuera, Ademir lavaba el orzuelo.

Un día, Tocón se detuvo frente a otro orzuelo. Allí conoció a veinticinco primos. Y no se contentó con verlos a todos muy sucios. A todos les gustaba frotar y dormir en el barro. No encontró ningún primo que fuera como él: limpio y blanco.

Todos estaban muy gordos y sucios. Tocón los cuestionó:

“¡Hola, primos! Soy Tocón! ¿Por qué no vienes a bañarte conmigo?”.

Los cerdos se miraron, encontrando extraña la pregunta del nuevo primo. Entonces uno de ellos dijo:

“Eres nuevo aquí, ¿no? ¿No te han dicho que a los cerdos les gusta la suciedad? ¡Nos encanta la basura!”.

“¿Basura?”. Tocón preguntó de vuelta.

“¡Oye, oye, él no sabe qué es la suciedad! La basura es suciedad, tierra pesada, mucho barro”.

“¡Él no sabe lo bueno que es frotar y tumbarse en el barro!”. Otros dijeron.

Y todos se rieron de Tocón, que se retiró con tristeza y sin creerlo.

“¡Basura, basura! ¡Cómo les puede gustar tanto a estos primos la suciedad!”.

Pero, como todos los cerditos, Tocón realmente se preocupaba por el juego. Uno de los juegos que más le gustaba era tomar la lata de comida de Lola y correr, y ella lo perseguía por el patio.

Un día, Tocón decidió preguntarle a su madre por qué a los cerdos les gustaba tanto la suciedad:

.

“Tocón, eres muy joven y debes disfrutar más para comer mucho, jugar y divertirte. No te preocupes por eso. ¡Tarde o temprano, también te acostumbrarás a vivir en la suciedad!”.

Así, Tocón siguió el consejo de su madre. Y aprovechó la oportunidad para jugar, comer, caminar, comer. Cuando estuvo libre, visitaba los lugares de la granja donde tenía más orzuelos y pensó:

“¡Es verdad! Todos los cerdos parecen amar vivir en la suciedad ¡Pero no quiero ser así!”.

Con el tiempo, Tocón se convirtió en el cerdito más limpio y blanco entre todos los demás cerdos. Pero esto fue de corta duración.

A menudo dentro del orzuelo, Tocón tuvo que acostarse en el piso sucio. No encontró un rincón limpio. Cuando jugaba con sus hermanos, se ensuciaba aún más.

En una mañana calurosa y perezosa, Tocón dormía profundamente. Aunque infeliz en el orzuelo, estaba buscando el rincón menos sucio para quedarse. Desde lejos, vio a Vilma lavar la ropa en el tanque. Agua limpia y clara que sale del grifo. Y él pensó:

.

“Necesito encontrar una salida a este orzuelo. ¡Quizás la madre de Tónico pueda darme un buen baño!”.

Tocón logró salir del orzuelo debajo de la cerca. Esta fue una ventaja de ser pequeño.

Fue al tanque e intentó llamar la atención de doña Vilma. Incluso le arrojó unos cubos de agua.

Pero su alegría fue corta con la llegada de Ademir:

“Vilma, qué está haciendo este cerdito fuera del orzuelo. ¡Diego no quiere que se vayan!”.

Y con una varita en la mano, Ademir condujo a Tocón hacia su orzuelo.

En uno de sus vagabundeos por la granja, Tocón encontró a Grasa.

Grasa era una cerda gordita que le gustaba mucho y le preguntó:

“Grasa ¿alguna vez tu madre te explicó por qué a los cerdos les gusta tanto la suciedad?”.

“Ya lo hizo, Tocón. Por cierto, ¿qué cerdo no le gusta? ¡Los cerdos nacieron para vivir en orzuelo, en medio de la suciedad!”.

“¡Pero Grasa! ¡No me gusta! ¡No me gusta!”.

Grasa explicó esto con el mayor cuidado y aceptación. Ella vio a sus abuelos, padres, tíos, primos, todos viven en la suciedad.

“Pero, Grasa, ¿aceptas esto? ¿No vas a luchar contra eso?”.

“Tocón, solo riéndome de tus preguntas. No podemos hacer nada. ¿Quieres un consejo? Ve a comer y diviértete. ¡Y acostúmbrate a vivir en la suciedad!”.

Los días siguientes fueron terribles para Tocón.

No quería vivir en el orzuelo de por vida.

“¡Vive en suciedad para siempre! No, no esto! Me hace enojar”.

Lo que más molestó a Tocón fue ver cómo todos los cerdos en el orzuelo aceptaron vivir en un orzuelo sucia para toda la vida. Esto incluyó a sus padres y hermanos.

.

Solo les importaban comer, comer, comer más y más. Aceptaron esto con la cabeza baja. Los cerdos siempre mantienen la cabeza baja.

Pero, Tocón no. Quería vivir, crecer, caminar, conocer el mundo alrededor de la granja y siempre caminar blanco y limpio. Vivir en el orzuelo para siempre no era una opción.

En los días siguientes, Tocón solo tuvo un pensamiento: cómo deshacerse del orzuelo. Tocón comenzó a observar todo ya todos alrededor de la granja.

No tardó mucho en descubrir que no todos los animales vivían en lugares sucios como el orzuelo.

Tocón señaló que había algunos animales que los hombres trataban de manera diferente. Siempre les gustaban estar con estos animales, daban comida, acariciaron, se bañaban, como el perro y el caballo.

Tocón observó la forma en que Lola se acercaba a Diego, meneando la cola, con la boca abierta como si estuviera sonriendo. Diego le acarició la cabeza y le dio algo de comer.

Entonces, Tocón decidió arriesgarse. Se acercó a Diego, meneando su cola retorcida y su boca abierta imitando una sonrisa.

Pero lo que escuchó fue un grito de Diego a Ademir:

“¿Quién dejó salir a este cerdito? ¡Ya dije que quiero todos los cerdos en el orzuelo!”.

Pero Tocón no se desanimó y siempre encontró una manera de escapar del orzuelo.

Un día vio a Diego arrojar un palo para que Lola lo cogiera.

Observó al perro levantar y traer el palo entre sus dientes para Diego.

Cuando Diego arrojó el palo por segunda vez, Tocón corrió y se adelantó. Y por detrás, tomó el palo primero y lo sujetó entre los dientes y rápidamente se lo llevó a Diego.

Al rico granjero, esta vez, le pareció muy divertido que un cerdito tomara un palo y riera con placer, diciendo:

“Mis amigos no me creerán cuando diga lo que acabo de ver. Un cerdito que actúa como un perro, ¡esto es muy divertido!”.

Esta vez, no le gritó a Ademir que encerrara a Tocón en el orzuelo. Para Tocón, había sido una primera victoria.

Y Tocón no se detuvo allí. Un domingo por la mañana, Ademir estaba preparando el fuego para asar carne. Habría una gran barbacoa para los amigos de Diego.

Para tener un buen fuego fuerte, Ademir caminó por la granja buscando trozos de ramas secas esparcidas por el campo. Se inclinaría, tomaría un palo aquí, otro allí. Y sostuvo los trozos de ramas secas debajo de sus brazos, formando un bulto.

Entonces, Tocón vio una segunda oportunidad: comenzó a correr y traer todas las ramas secas que pudo encontrar. De esta manera, Ademir podría reunir todas las ramas que quisiera más rápido.

Ademir no esperaba esta ayuda adicional del cerdito que lo seguía a todas partes y comentó esto con el jefe.

“Un cerdito que actúa como un perro, que ayuda a meter ramas en el fuego, ¡esto es demasiado!”.

Respondió Diego, comenzando a estar orgulloso de su cerdito.

Tocón no siempre estaba tranquilo en sus intentos. A veces los extraños entraban a la granja. Lola ladraba e intentaba morder a los intrusos, defendiendo la granja.

Y Tocón no los dejaba ir. Se lanzaba hacia los extraños e intentaba morderles los tobillos. Pronto, pronto, correrían y abandonaban la granja.

Desde lejos, a Ademir y Diego les gustaba ver que la granja ahora tenía otro perro guardián, o más bien un cerdito de guardián: Tocón.

Durante la barbacoa, Diego se enorgulleció de mostrar a sus amigos su diferente cerdito. Lanzó palos para conseguirlo. Tocón, que siempre obedeció.

Todos se rieron y dijeron que nunca habían visto algo así. Como broma, envió a Tocón hacia adelante con algunos de sus amigos:

“¡Tómalo, toma Tocón a este hombre malvado!”. Y Tocón corría tras ellos, fingiendo querer morderse el tobillo.

.

Tocón creció y ya podría considerarse un cerdo joven pero adulto. Era gordo y fuerte.

Cuando Lola se duchó con agua y jabón de la mina, Tocón se acercó a Ademir para que también se lavara. Siempre quiso ser muy limpio y oler bien para los jefes.

En una de las visitas de las nietas de Diego a la granja, uno de los caballos se detuvo. El caballo no quería moverse, a pesar de que estaba amenazado con un látigo.

Con esta negativa, faltaba un caballo para una de las nietas de Diego. Y ella lloraba desconsoladamente.

Fue entonces cuando Tocón se acercó y se inclinó a su lado, ofreciéndole la espalda para que ella cabalgara. Suavemente, Tocón la llevó a pasear por la granja. Esta fue su consagración final.

“¡Este cerdo es especial! ¡Él es un artista! Me quedaré con él para siempre en la granja. ¡Será mi nueva mascota!”. Dijo Diego, para deleite de todos, especialmente Tónico.

Tocón se convirtió en una celebridad. El párroco, el delegado e incluso el alcalde de la ciudad se reunieron con Tocón y quedaron encantados con él.

Diego recibió visitas a la granja e hizo un punto de mostrar personalmente las travesuras de Tocón.

Tocón era noticia en la radio e incluso apareció en el periódico de la ciudad. Tocón incluso recibió un lazo de cinta roja alrededor de su cuello. Entonces, se sintió importante y orgulloso.

Y entonces Tocón vivió durante muchos años en la granja y nunca fue al orzuelo. Este fue un premio por sus esfuerzos para luchar por una vida mejor

Nunca estuvo de acuerdo con los cerditos para aceptar la suciedad como un hecho natural. No estuvo de acuerdo con la renuncia de sus parientes porcinos a aceptar pasivamente una condición tan desfavorable.

Por lo tanto, recibió el merecido premio de haber luchado por una vida mejor.

Tocón ahora era adulto y gordo. Pasaba la mayor parte del tiempo tirado en el porche de la casa de Diego.

Seguía siendo la mascota de la granja. Pero rara vez tuvo que demostrar sus habilidades y bromas. Por lo tanto, se limitó a dormir, comer y seguir los eventos a su alrededor. Ahora estaba recurriendo a la rutina de su amigo Tónico.

Tonico siguió de cerca la lucha de Tocón por una vida mejor. Y de alguna manera esto le sirvió de lección.

Tonico veía a las nietas de Diego ir a la escuela todas las mañanas. Pero Ademir no quería que Tonico fuera a la escuela. Dijo que para cuidar a los cerdos, para llevar los bueyes a pastar y plantar maíz no era necesario saber leer y escribir.

Tonico creció y ahora tenía 10 años y comenzó a observar la vida de su padre Ademir en la granja.

Tonico vía a su padre levantarse a las 5 de la mañana. Tomaba un café rápido, comía un pedazo de pan duro y se fue a trabajar al campo. Todos los días, de sol a sol, veía a su padre trabajar duro en la azada hasta que comenzaba la noche. Su padre apenas se ganaba la vida para comer y comprar ropa y zapatos.

Pero Ademir no parecía ser un hombre infeliz. Estaba contento de vivir en la granja, tener su comida garantizada todos los días.

Por la noche, Ademir se sentaba en el banco de madera fuera de la casa. Allí jugaba con sus amigos, todos los peones en la granja. Contaban historias, fumaban un cigarrillo de paja. Esta era su rutina todos los días.

.

Un día, Tónico le preguntó a su padre:

“Papá, ¿trabajaré también en la granja cuando crezca?”.

Y su padre respondió:

“¡Por supuesto, hijo mío! Mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre y yo siempre trabajamos en granjas. En las granjas donde trabajamos, cultivamos, cuidamos bueyes, cerdos, construimos cercas. ¡Y tú, cuando te conviertas en hombre, también cuidarás de la granja y serás bueno en eso! No hay nada que pueda hacer para cambiar esta situación. Esta es nuestra vida y siempre hemos sido felices de esta manera”.

Y Tónico preguntó:

“Pero, papá, ¡tengo otros planes para mí! Quiero otro tipo de vida. Quiero conocer la vida fuera de la granja, estudiar, conocer otras personas, otros lugares. ¡Quédate en la granja para siempre, de ninguna manera!”.

“¡Tónico, deja de soñar!”. Dijo su padre, resignado.

“Aquí no está mal, tenemos nuestra casa, la tienda para comprar lo que necesitamos. Tenemos nuestro trabajo. Nos despertamos con el gallo cantando. Escuchamos

los pájaros. Hablamos con amigos Los domingos rezamos en la capilla. ¿Qué más puede desear un hombre en la vida? ¡Nunca más volveremos a hablar de esto! ¿Estamos de acuerdo en eso?”. Advirtió Ademir.

Y Vilma estuvo de acuerdo con Ademir:

“Tónico, tu padre tiene razón. El mundo exterior no es mejor que el mundo que tenemos aquí en la granja. ¡Siempre hemos sido trabajadores agrícolas y siempre lo seremos!”.

Tocón siguió esta conversación desde lejos. Deseó poder hablar con Tónico. Se dio cuenta de que Tónico estaba triste y decepcionado después de la conversación con sus padres.

No era exactamente la vida que Tónico quería para sí mismo, pero no sabía qué hacer.

Y Tónico se preguntó:

“Y ahora, ¿qué debo hacer?”.

Tónico tenía dos opciones: debía quedarse en la granja y convertirse en un trabajador agrícola de acuerdo con la voluntad de sus padres. O trate de convencer a sus padres sobre sus sueños y planes para el futuro.

Tonico a veces fue a la puerta de la escuela. Vio la alegría de los niños llevando sus cuadernos y libros en su mochila. Podía escuchar la risa de los estudiantes resonando dentro de las aulas.

Compró un cuaderno, un lápiz, un bolígrafo y un crayón con las monedas que había recogido. Por la noche, garabateaba en su cuaderno. Debería copiar las letras que aparecieron en la televisión. Pero no sabía a qué se referían.

Un día, Tonico le pidió a Luiza, una de las nietas de Diego, que le enseñara a leer y escribir. Ella ya estaba en cuarto grado y también tenía 10 años. Y ella estaba entusiasmada con la idea:

“¿Jugar a la escuela? ¿Y yo seré la profesora? ¡Acepto!”.

Lu, como la llamaba Tonico, se tomó la obra muy en serio. Trajo una pizarra y tiza, arregló una habitación vacía cerca de la granja. Ella puso cinco sillas viejas. Entonces, la clase se vería más grande. Y puede haber otros niños interesados en estudiar.

Y comenzaron las clases, la profesora Lu saluda a sus alumnos:

.

“Buenos días niños! ¡Hagamos la llamada de presencia! Antonio Carlos de Oliveira!”.

¡Tónico no entendió y no respondió la llamada!

“¡Antonio Carlos de Oliveira! ¿Estás sordo, muchacho?”.

"¡No, Lu!".

"Por favor llámame, profesora Lu!".

“Muy bien, profesora Lu. ¿Pero qué debo hacer?”.

“Tienes que contestar la llamada. Diga: estoy aquí. ¡Entonces, marco la lista en la que viniste a ver la clase!”.

“Pero, Lu, quiero decir, profesora Lu, ¡soy el único estudiante aquí en la clase!”.

“No importa. Tienes que contestar mi llamada y listo. ¡O ya no juego!”.

“Muy bien, profesor Lu. ¡Estoy aquí!”.

“Bueno, Tónico. ¿Qué es lo que ya sabes escribir?”.

.

“¡Puedo escribir muchas cosas!”.

Al decir esto, Tónico garabateó en su cuaderno un montón de letras y palabras que copió de la televisión.

Y la profesora Lu dijo:

“Muy bien, Tónico. ¡Entonces, léeme estas cartas y estas palabras!”.

“¡No lo sé, profesora! Solo puedo escribir”. Dijo Tónico.

“Tónico, si no puedes leer, ¡tampoco puedes escribir!”.

“Pero, profesor Lu. Yo se escribir ¡Mira las letras y palabras que escribí aquí en el cuaderno!”.

“Tónico, no escribiste estas letras y estas palabras. Simplemente dibujaste estas letras y estas palabras. ¿consíguelo ahora?”.

Sin comprender muy bien, Tónico decidió dejar a un lado esta discusión.

Y Tónico comenzó así a tener sus primeras clases. Pronto aprendió a leer y escribir. No tan bueno como

Luiza. Pero, lo suficiente como para leer algunas cosas a sus padres.

¡Y así, comenzó una verdadera amistad entre Tónico y Lu que duraría toda la vida!

Por la noche, Tónico tomaba hojas del periódico que Diego tiraba a la basura y leía:

“Mira papá! ¡El gobierno está dando tierras a las familias pobres que desean plantar maíz, frijoles, yuca, verduras y otros alimentos! Y el Gobierno todavía da semillas y herramientas. ¡Es la reforma agraria!”.

Un día, Ademir le preguntó a Tónico si podía escribir una carta a su hermano que vivía en Barcelona. Ademir no había visto a su hermano en más de quince años. Pero tenía su dirección.

“Creo que sí, papá. Intentaré. ¿Qué te gustaría escribir?”.

Y Tónico escribió una hermosa carta que recibió con gran alegría su tío, el hermano de su padre. Cuando Tónico leyó la carta enviada en respuesta por su tío, ¡su padre lloró! Era como si Ademir estuviera hablando con su hermano que no había visto en mucho tiempo.

Poco a poco, los padres de Tónico fueron comprendiendo la importancia del estudio y ya aceptaron la idea de que Tónico fuera a la escuela.

Tónico logró convencer a sus padres de que se fueran a vivir a la ciudad por un tiempo con una tía muy querida.

Lu se entristeció por la partida de Tónico. Era su mejor amigo en la granja.

En la ciudad, Tónico encontró una gran y mágica puerta que hizo realidad sus sueños: ¡la escuela! Y siguió los senderos de estudios correctos y seguros.

Por la tranquilidad de Seo Ademir y Doña Vilma, Tónico visitaba la granja casi todos los fines de semana. ¡Y Lu también estaba muy feliz! Intentaba contarles la noticia a sus padres. Y pasó mucho tiempo hablando y caminando con su primera profesora Lú.

Y siguió hablando con Tocón, que lo miraba con cuidado y amor, aunque no podía responder.

Tónico se graduó de Ingeniero Agrónomo. En esta profesión llegó a comprender todo sobre la agricultura, es decir, sobre las plantaciones, la calidad de la tierra, las mejores técnicas de plantación.

Esto demostró que la vida en la granja había marcado mucho su vida. Hoy trabaja en una gran empresa propietaria de grandes granjas.

En estas granjas, la compañía donde trabajaba Tónico estaba plantada con soja, maíz y otros granos, así como también con la producción de soja y aceite de maíz. Tónico era un empleado muy importante.

Tónico creció, se hizo joven. Lú creció, se hizo joven también. ¡Y la amistad de los niños se convirtió en un cortejo, que terminó en matrimonio! Esta boda fue una gran alegría para señor Ademir y doña Vilma. El doctor Diego también era muy aficionado a esta boda. Le tenía mucho cariño al fiel empleado Ademir. Y admiraba mucho a Tónico por su lucha para ganar en la vida.

Gracias a sus estudios, Tónico ha cumplido sus sueños e ideales de vida y vive una vida muy cómoda y feliz con su esposa Lú y sus dos hijos. En su escritorio de la compañía, Tónico, ahora ingeniero agrónomo Antonio Carlos de Oliveira, tenía un cerdo de porcelana. En su pierna tenía la palabra Tocón escrita. Todos los días, Tónico miraba al cerdo de porcelana blanca, lo tomaba con las manos y lo acariciaba suavemente.

A veces sus pensamientos viajaban muy atrás en el tiempo. Ansiaba recordar a Tocón y la vida con sus

padres en la granja. Se echó a reír cuando recordó que Tocón fue un caballo para Lu.

En la granja lejana, ha pasado mucho tiempo. Tocón seguía en el porche de la casa de Diego, durmiendo, comiendo, siguiendo los acontecimientos a su alrededor, hasta que un día no se despertó...

Dejó esta vida de vejez... vivió mucho más allá del tiempo que viven los cerdos... y vivió de acuerdo con sus ideales...

Alrededor de su cuello, Tocón también tenía el lazo de cinta roja, que mostraba lo especial que había sido para todos los que lo conocieron en la vida.

Durante muchos años continuó siendo recordado en la granja por sus bromas, sus ejemplos. Ejemplos de perseverancia y determinación para superar las condiciones desfavorables impuestas por la sociedad sucia donde nació.

El fin